CAPITULO LII.

OTRA VEZ EL ANFITEATRO.—LIDON Y SU ANTAGONISTA.—UNA CARTA.

Volvamos á ocuparnos de lo que pasaba en el circo entre el jóven gladiador Lidon y su terrible adversario.

Hemos dicho que el sagaz romano, despues de haber ejecutado algunas diestras fintas y de amagar á un punto, descargó sobre el simpático jóven un golpe que resonó por todo el anfiteatro, haciendo arrojar un grito de terror al anciano esclavo Medon y á la encubierta.

Pero aquel golpe no dió el resultado que el romano se habia imaginado. Lidon, que habia adivinado la intencion de su antagonista, acudió á tiempo á resguardarse con el escudo, y la espada fué á dar en este con estrepitoso ruido.

Un grito de admiracion resonó en todos los ámbitos al mirar la destreza con que Lidon habia parado aquel meditado y bien dirijido golpe.

Entonces empezó verdaderamente el combate.

La gracia del gladiador Lidon, el ser pompeyano, su juventud, las palabras enérgicas que habia pronunciado, le habian conquistado la benevolencia general, y todas las simpatías eran para él, aunque las apariencias fuesen de tres contra uno en favor de su antagonista.

El jóven gladiador habia, hasta entonces, evitado los golpes mas rudos de su adversario; pero cansado de estar á la defensiva, trató de ponerse á la ofensiva.

Lidon comprendió que solamente una rapidez extraordinaria en el ataque y una fuerza inaudita en las estocadas y tajos, podian darle acaso la victoria.

Medon seguia con la vista á su hijo, sufriendo una inquietud y un temor indecibles.

La encubierta, oprimiendo la mano de la bella actriz Flora, miraba, temblando, aquel combate.

El romano era de una fuerza hercúlea y de una destreza singular.

En vano Lidon meditaba y ejecutaba los golpes con la rapidez del relámpago: todos eran parados con facilidad prodigiosa por su poderoso antagonista, que contestaba en el acto con otros terribles.

Ambos combatientes hacian esfuerzos supremos para alcanzar el triunfo.

El pueblo les miraba con ansiedad.

La opinion que los espectadores se habian formado al principio respecto de la gran superioridad que creyeron adivinar en el romano sobre Lidon, se habia modificado notablemente, llegando á juzgarlos iguales en destreza, bravura y fuerza.

Lidon, infatigable en sus movimientos, ataca impetuosamente á su adversario; el romano, adiestrado por su mayor edad en la escuela de los combates, conserva mejor su sangre fria, y se contenta con parar á pié firme los golpes del ardoroso jóven, como para apagar el ardor de su enemigo y caer sobre él al verle fatigado.

Su cálculo no salió fallido. Lidon, cansado de atacar, empezó á ser menos impetuoso. Su adversario, advertido por los débiles golpes que se le dirijian, del cansancio de su enemigo, volvió á tomar de nuevo la ofensiva, atacando de una manera terrible.

Lidon, fatigado ya, no pudiendo resistir aquel ataque, empezó á retroceder, parando con dificultad los nutridos golpes del romano.

El pueblo perdió entonces la esperanza del triunfo del valeroso jóven.

Medon miró como irremediable la muerte de su hijo.

Una estocada dirijida al pecho, despues de haber amagado á la cabeza con la espada, hirió al noble Lidon. Este, al sentir la herida, echó mano inmediatamente á la esponja para restañar la sangre, sin dejar por eso de combatir. El terreno que pierde lo disputa palmo á palmo, y en esa lucha muestra la obstinacion de su indómito valor. De repente, avergonzado de ver que retrocede, y recordando que la libertad de su padre depende del éxito de aquel combate, se detiene, se restablece, y obliga á su contrario á ponerse otra vez á la defensiva. El combate se hace entonces igual y dudoso. Las espadas giran en todas direcciones, golpean los broqueles, se chocan, se retiran y se reponen. Los golpes mas diestros de la esgrima se ven practicados allí por ambos combatientes: el valor limita el campo de batalla: Lidon y el romano avanzan y se retiran poco, quedándose siempre al alcance de sus armas y sin cesar en sus golpes y paradas. Las estocadas que se dirijen son terribles; pero ninguno de ellos parece apercibirse de ellas. La única cosa de que parecen cuidarse ambos, es de mostrar su destreza en el arte, la elegancia en sus paradas y la buena escuela en sus menores movimientos. Prefieren recibir un golpe, á esquivarlo contra las reglas, y lo que mas les preocupa es el cuidado de manifestar al público que saben morir dignos de su profesion.

Como el *velarium* no cubria completamente el anfiteatro, pues siempre dejaba algunos claros por donde penetraba el sol en el sitio destinado á los combatientes, Lidon y el romano trataban de llevar á su contrario á un terreno en que pudieran sacar provecho de él: cada uno buscaba la manera de sacar ventajas de la luz; y estas maniobras alargaban el combate.

Lidon, por una diestra combinacion de ataques y de retiradas, logró su objeto, y en el instante en que el romano buscaba la manera de huir de los rayos del sol que le daban de frente, recibió en el flanco una profunda herida que le hizo bambolear.

El pueblo creyó que iba á caer, y admirado del valor y destreza que habia manifestado, pidió gracia para el herido; pero aquel hombre intrépido, menos afectado por su herida que los mismos espectadores, hizo señas al público de que aquello no era nada; se aplicó la esponja á la herida para restañar la sangre, y manifestando que no queria que se intercediese por él, continuó combatiendo con admirable arrojo y sangre fria, lanzándose sobre su contrario con una impetuosidad asombrosa.

Lidon, para poder resistir aquel choque, se hace á un lado y retrocede algunos pasos; pero tropezando con uno de los muertos que estaba detras, pierde el equilibrio, bambolea y recibe al caer una estocada del romano. Este va á arrojarse sobre Lidon; pero el jóven gladiador, incorporándose un poco, le tiende la espada, y el romano clavándose en ella, cae al lado de su contrario vertiendo de su herida un rio de sangre.

Caidos en tierra, ambos buscan aún la manera de matar á su contrario ó de obligarle á que levante el dedo para que se confiese vencido; pero los dos prefieren la muerte á la derrota, y siguen en el lodo hecho por la sangre, dirijiéndose golpes con sus espadas. Pero ya aquellos golpes iban sin fuerza; la sangre que á borbotones salia de sus heridas los tenia casi exánimes, y cuando cada uno de ellos esperaba que el otro se confesase vencido, se sintieron á un tiempo sin vigor, las espadas se soltaron de sus manos y los dos quedaron sin movimiento, sucumbiendo de la misma manera y sin que el combate hubiera dejado de ser igual ni por un solo momento.

Dos gritos de terror se escucharon en las gradas, al mismo tiempo que el público aplaudia el valor que habian manifestado los dos combatientes.

Uno de aquellos gritos habia sido lanzado por la encubierta, que cayó desmayada en los brazos de la actriz Flora; el otro se escapó de los labios del anciano Medon.

Flora, para que á la encubierta le diese el aire y volviese en sí, le levantó el velo, y dejó ver un rostro celestial. La encubierta era Nicea.

Dos bellas jovencitas, de humilde cuna, pero de una figura interesante, movidas á compasion, se acercaron á la huérfana, é invitaron á Flora á que la llevase á la casa de ellas, que se hallaba junto al anfiteatro. La actriz admitió la invitacion, y entre las tres lograron sacar á Nicea del anfiteatro y llevarla á la pobre habitacion de aquellas dos compasivas y simpáticas criaturas. Un hombre de robusta complexion, alto, de salientes pómulos, de pobladas cejas, de gran bigote gris, que revelaba ser un viejo soldado, se hallaba en la habitacion. Aquel anciano era el padre de las dos jovencitas, y al saber por sus hijas lo que habia pasado, se apresuró á disponer una cama donde descansase Nicea.

Entre tanto, en el anfiteatro reinaba un entusiasmo sin límites.

El público seguia aplaudiendo á Lidon y á su antagonista, que yacian tendidos y exánimes sobre la arena.

Aquel entusiasmo y los aplausos crecieron de repente, al ver que el pretor envió á los dos la palma del vencedor, y que ordenó que los sacasen con mucho cuidado del circo.

En cuanto sacaron á Lidon y al romano de la arena, el público gritó por todas partes:

—Que se quiten los cadáveres del circo: que saquen á Glauco y al leon!

A una órden del edil Panza, los esclavos públicos entraron á la arena, ataron unos grandes ganchos al cinturon de los muertos y de los heridos, los sacaron arrastrando del circo llevándolos al *spoliarium*, taparon con arena y aserraduras los charcos de sangre que habia en el lugar en que se habian verificado los combates, y la arena quedó libre.

Delicados y suaves perfumes se esparcieron por todo el anfiteatro, y el calor de la atmósfera se templó con la odorífera lluvia que á manera de suave, pero abundante rocío, se hacia salir de las cañerías que ostentaba el anfiteatro.

En los mismos instantes en que caia aquella benéfica lluvia, ponia un empleado del circo un escrito en manos del pretor.

—¡Bah! Esto es imposible!—exclamó el pretor despues de haberlo leido.—Preciso es que esté beodo para inventar semejantes locuras.

Al decir esto arrojó á un lado el escrito, y se puso á esperar con afan que comenzase la lucha entre Glauco y el leon.

El público, así como él, esperaba impaciente aquel momento.

—Conducid á Glauco y al leon—dijo el edil Panza al *editor* de los juegos. (1)

A estas palabras, un silencio profundo reinó en la asamblea, y los espectadores parecia que retenian el aliento; tan vivo era el interes mezclado de terror, pues tambien el terror tiene sus encantos, con que esperaban la lucha que debia empeñarse.

—Ahora es cuando va á empezar para mí lo interesante—dijo Estela á una de sus amigas que estaba junto á ella.

—Sin embargo, el combate que acabamos de presenciar ha sido conmovedor.

El pretor volvió á tomar de nuevo el escrito que se le habia enviado, y lo leyó con mas atencion que la vez primera, pero sin manifestar otra emocion que la sorpresa y la perplejidad.

Aquel escrito le habia sido dirijido por Salustio, el único amigo que tal vez le quedaba á Glauco.

Ya hemos dicho que cuando Salustio entró al cuarto en que tenia encerrada á Nicea para lograr sus bastardos fines, iba en un estado lamentable de embriaguez á causa del mucho vino que habia tomado. Pues bien, gracias á esto, no pudo levantarse ni gritar al ser arrojado al suelo por Lidon, y no pudiendo moverse, se quedó profundamente dormido.

Al despertar por la mañana, desvanecidos ya los vapores del vino, y al verse encerrado, se acercó á la puerta, y dió terribles golpes y gritos para que le abriesen. Los esclavos acudieron, y Salustio preguntó por el carcelero de Nicea.

Al hacer esta pregunta, se escucharon golpes dados á la puerta en que Lidon habia encerrado al cuidador de la huérfana. Todos corrieron á ver quien los daba, y se encontraron con el carcelero que aun estaba atado de manos y con la mordaza en la boca.

Libre de sus ligaduras y del lienzo, contó la manera con que habia sido encerrado, y Salustio, que no habia podido arrojar de su pensamiento la imágen de Glauco, imágen que tuvo presente durante todo el sueño, preguntó al escanciador que les habia servido durante la orgía de la noche anterior, si alguno de la casa habia marchado al anfiteatro.

—No señor, contestó el escanciador—vuestras órdenes eran muy terminantes, y todo el mundo se ha quedado.

—Está bien. Ya quisiera que hubiese pasado este dia, el mas penoso de mi vida..... Pero ahora que me acuerdo, ¿qué se ha hecho del escrito que ví sobre la mesa?

—Es el que os enviaron ayer y que no quisísteis leer. Si deseais que yo os lo lea.....

—Sí, léemelo, esto me distraerá.

El escanciador quitó la cinta que envolvia el papiro, y leyó estas palabras:

(1) Se llamaba así al que presentaba algo al público, y á espensas del cual se daban los juegos.

"La esclava Nidia á Salustio, amigo de Glauco. Estoy prisionera en el palacio de Arbace. Corred á casa del pretor, venid á libertarme, y en seguida salvaremos á Glauco. En estas paredes existe otro preso que vió cometer el asesinato de que se acusa á mi amo, y que puede probar que el culpable es un malvado de quien nadie se atreveria ni aun á sospechar. No perdais tiempo. Traed con vos gente armada por si tratasen aquí de una resistencia, y un cerrajero para abrir la puerta del calabozo de mi compañero de cautividad."

—¡Soberanos dioses!—exclamó Salustio estremeciéndose.—¿Qué hacer? Quizá es ya tarde..... Corro á casa del pretor.

—Pero señor—advirtió el escanciador—el pretor y el edil son hechuras del populacho, y el populacho no querrá escuchar nada con respecto á detener el espectáculo. Mas sencillo seria obrar por nosotros mismos. Arbace habrá llevado probablemente con él á todos sus esclavos, mientras los vuestros, que son numerosos, no han salido de casa.

—Te comprendo. Es menester armar ahora mismo á todas mis gentes, y correr á salvar á los presos.

—Perfectamente.

—Corre, pues; pero entre tanto voy á escribir al pretor pidiéndole que retarde una hora la ejecucion de Glauco. Dame pronto papiro y una caña.

CAPITULO LIII.

EL BAUTISMO EN LA PRISION.—GLAUCO EN LA ARENA, DELANTE DEL LEON.

Glauco y Olinto habian sido colocados en una sombría estancia donde los criminales condenados á la arena esperaban su último combate.

—Olinto—dijo el ateniense:—¿oyes los gritos del populacho? Mas espantosos son ellos para mí que los rugidos que arrojarán el tigre y el leon cuando se lancen sobre nosotros.

—Sí; pero yo no los temo—respondió Olinto con la mayor calma.—Me siento sostenido por Dios en este trance, y estoy tranquilo. ¿Puedes decir igual cosa tú, Glauco?

Glauco guardó silencio.

—¡Oh, amigo mio!—continuó Olinto.—¿Por qué no quieres reconocer en esta hora suprema y solemne al único y verdadero Dios, ante cuyo tribunal será preciso que comparezcamos muy en breve? ¿No te he instruido en el calabozo cuanto me ha sido posible sobre las verdades de nuestra fe? Y mientras dormias, abrumado por el peso de emociones diversas, ¿no he rogado por tí, y llorado sobre tí? En mis sufrimientos ¿no me he olvidado de mí mismo para ocuparme de tu salvacion?

—¡Hombre generoso!—exclamó Glauco.—Sí; yo te he escuchado con respeto, con asombro, y aun con cierta tendencia á dejarme convencer. Si llegásemos á vernos en libertad, yo te escucharia con interes y acabaria por abrazar tu creencia. Pero en este momento, ¿no seria considerado como cobardía el conceder á un terror pasajero lo que debe ser el resultado de largas meditaciones? Tu mismo Dios que es tan puro, no podria agradecer la sumision de un corazon seducido por las promesas del cielo, ó asustado por las amenazas del infierno.

—Te engañas, Glauco. Nuestro Dios es puro, es verdad, puesto que es la santidad misma; pero no exije de los hombres una perfeccion que sobrepuje á sus fuerzas. Si amenaza al impío con su cólera, no es sino para inspirarle ese temor saludable que es el principio de la sabiduría. ¡Y cuántos pecadores han sido conducidos al camino de la salvacion por el temor de sus juicios, y han venido á ser santos!..... Solo aquellos cuyo corazon empedernido desprecia los avisos de la Eterna Justicia, son los únicos que no merecen su perdon. El Señor te permite que le temas, Glauco; pero el amor seguirá al temor, y un dia darás gracias á la Divina Bondad que te hizo aprovechar del terror que te inspira una muerte próxima para asegurar tu salvacion.

Despues de este corto diálogo, volvió á reinar un profundo silencio en aquel encierro.

Glauco parecia entregado á las reflexiones que las últimas palabras del cristiano habian despertado en él.

Olinto le contemplaba con esa expresion de amor y de tierna piedad que tendrian los ángeles si se presentasen á nosotros en los instantes en que nos arrastran nuestras pasiones.

—Olinto—exclamó al fin Glauco con voz solemne:—yo creo en todo lo que tú me has enseñado; reconozco que no existe mas que un Dios, y que este Dios se manifestó á nosotros por Jesucristo su divino Hijo.

—¡Oh, amigo mio! ¡Mil veces bendito sea el cielo! Ya no abandonaré esta tierra de peregrinacion y de desdicha, con el dolor de no haberte podido convertir. Pronto vas á salir de este mundo de tinieblas, para gozar de la eterna luz de un dia sin fin. Ya no nos volveremos á ver mas aquí abajo; pero allí, en la celeste altura donde habitan los ángeles, y en el seno de Dios, nos reuniremos para no separarnos jamas.

Fuertes y extraordinarios gritos lanzados por los espectadores que llenaban el anfiteatro, se escucharon encima de los presos.

—Ha llegado el momento, querido Glauco—añadió Olinto—de que te prepares á comparecer delante de Dios. Hé aquí el agua que se nos ha dado para apagar nuestra sed: empleémosla en mas alto destino. Ponte de rodillas.....

Glauco obedeció.

—¿Crees—continuó Olinto—crees de todo corazon en las verdades santas que te he anunciado?

—Sí: creo que Jesucristo es el Hijo de Dios, hecho hombre para salvarnos: creo en todo lo que Él nos ha enseñado, y perdono, como nos lo ordena, y como nos ha dado el primer ejemplo, á todos los que son causa de mi muerte.

Al decir esto inclinó la cabeza, y recibió de las manos de Olinto el sacramento de la regeneracion.

—Abrázame ahora, hermano—dijo el sacerdote cristiano—puesto que perteneces ya á la sociedad de los santos. Tú eres el hijo de esta Iglesia que Jesucristo ha fundado en medio del perverso mundo, para conducirlo al conocimiento del verdadero Dios. Vamos á separarnos dentro de poco; pero si tú mueres primero, yo rogaré por tí, á fin de que el Señor te dé una muerte dulce y tranquila. Sin embargo, se te ha dejado una arma para defenderte; puedes servirte de ella, porque tienes deberes hácia Ione, á quien no te seria difícil convencer, haciéndola abrazar la fe cristiana, si el cielo te concede la victoria.

Glauco se habia olvidado de Ione en aquel momento solemne. Pero cuando escuchó pronunciar su nombre, se estremeció.

Se acordó que la infeliz se encontraba en poder de Arbace, y no pudo dominar su terror.

Entonces, lleno de fe en el Dios á quien acababa de reconocer como único verdadero, levantó los ojos al cielo, y con una voz que revelaba toda la confianza que sentia en su alma, exclamó:

—¡Dios mio, yo la recomiendo á vuestra santa proteccion! Nada puedo yo hacer por ella. Salvadla de las manos del impío, y alumbradla con la luz que, en vuestra misericordia, habeis enviado sobre mí. Yo os encomiendo igualmente á mi buena esclava Nidia: concededle la gracia de que sepa que sus ruegos han sido escuchados; que su amo ha muerto en la fe y con la esperanza de los cristianos.

Glauco guardó silencio, y quedó un instante en religioso recogimiento.

Olinto le miraba con paternal amor.

En aquel momento se abrió la puerta de la prision.

Las lanzas de los soldados brillaron en las paredes.

El oficial se acercó á Glauco, y le dijo con voz conmovida:

—Glauco, querido amigo, me ha tocado hasta la desgracia de molestarte en estos críticos momentos.

—¡Plubio!..... ¡Ah!..... yo bendigo al cielo, porque me hace ver en mis últimos instantes á mis verdaderos amigos.

Un ministro de justicia apareció casi al mismo tiempo, diciendo:

—Glauco el ateniense, tu hora ha llegado..... ¡el leon te espera!

—Estoy dispuesto—respondió Glauco.

En seguida abrazó á Plubio; y luego dirijiéndose á Olinto, añadió.

—Hermano mio, dame tu último abrazo y tu bendicion.

Olinto abrió los brazos, estrechó á Glauco contra su corazon, besó su frente y sus mejillas, y dulces y abundantes lágrimas corrieron de sus ojos, mojando el rostro del jóven neófito.

—¿Por qué lloras?—le preguntó el amante de Ione al mismo tiempo que él hacia mil esfuerzos para contener sus lágrimas.

—Lloro de alegría. ¡Oh amigo mio, mi hermano, adios! ¡Que el Señor te acompañe!

—¡Adios!—repitió Glauco con acento conmovido.

Luego, desprendiéndose de los brazos del sacerdote cristiano, siguió al oficial.

Se le despojó de todo vestido, á excepcion de un cinturon que ceñia su talle; se le puso en la mano la débil arma con que se le permitia defenderse, y se le condujo á la arena.

Glauco entró con la actitud noble y la calma de un experimentado guerrero que marcha al combate.

Esta fué al menos la idea que hizo nacer su vista en el ánimo de aquellos millares de espectadores cuyos ojos estaban fijos en él.

Un cristiano hubiera encontrado una comparacion mas digna del atleta, á la vez que mas exacta.

El murmullo de odio y de horror que habia precedido á su llegada, se convirtió en un silencio de admiracion involuntaria, y de un respeto mezclado de sorpresa.

El rugido espantoso de las fieras que, encerradas en sus jaulas, estaban dispuestas para luchar entre sí, se escuchó en aquel momento.

El pueblo se sintió interesado por Glauco.

Arbace fué el único que en vez de admiracion y de respeto, sintió acrecentarse su odio hácia aquel que pronto seria una víctima de su venganza.